

CAPITULO II

RASGOS CARACTERISTICOS DE CATALINA

Manera de sentir.—El dietario de Chrapowitsky.—Temperamento.—Lujo.—Viajes.—Afiabilidad.—Correspondencia.—Cartas de Catalina á Grimm.—Actividad periodística.—Lecturas.—Aspiraciones científicas.—Investigación histórica.—Variedad de conocimientos.

Catalina tenía un carácter dominante; era todo nervios y fuerza expansiva, una de las más brillantes figuras que se han sentado en el trono. Ninguna mujer ha sabido llevar la corona con tanta distinción como ella, y pocos príncipes han estado á su altura. La impresión que su persona producía era de las que no se borran: el que á ella se acercaba sentía los atractivos de su superioridad, de su dignidad y de su trato simpático (1). Quizá nadie ha juzgado tan severamente á Catalina como Masson, y á pesar de eso reconoce que, durante los diez años que tuvo ocasión de verla dos veces por semana, la observó cada vez con mayor interés, apreciando en ella, su arrogante apostura, y en su porte majestuoso, todas las dotes de una emperatriz (2).

Que ya siendo joven sentía la sed de mando y que no vacilaba en la elección de medios para conseguir el objeto que se proponía, nos lo dice ella misma en sus notas con una franqueza que raya en cinismo. Habiendo subido al trono á una edad un tanto avanzada, su buen comportamiento demostró que el poder absoluto, de que gozaba con tanto mayor placer cuanto que en los pasados tiempos había sufrido varias humillaciones y adquirido amarga experiencia, no despertó en ella ningún instinto despótico, al paso que su hijo, al sentarse en el trono, después de haber estado muchos años relegado á una posición secundaria, desconoció toda moderación y todo miramiento, y motivó con sus caprichos y arbitrariedades, la catástrofe que pronto le sobrevino. El carácter de la gran duquesa no varió á pesar de la opresión que sobre ella había pesado por tanto tiempo, y puede decirse que la idea del poder y de la superioridad, á que pudo entregarse por completo siendo emperatriz, ejerció sobre ella noble influencia. El antagonismo que existió hasta 1762 entre Catalina y las personas que la rodeaban; la dependencia en que se encontró respecto de la caprichosa emperatriz Isabel; la antipatía que sentía hacia un esposo que podía serle fácilmente funesto; la convicción en que estaba de que se encontraba rodeada de espías; los desgraciados sucesos que presenciaba, todo esto la había obligado á apelar á recursos mezquinos para mejorar su situación y para vengarse de sus enemigos y á manifestar su sentimiento de superioridad sobre estos por medio del desprecio y de la burla y hasta por medio de la astucia y de la perfidia. Una vez en posesión de la dignidad suprema, disponiendo de un poder ilimitado, adulada por todos, admirada por los contemporáneos, estimada por casi todas las personas que mas inmediatamente la rodeaban, poco menos que endiosada, no necesitó ya usar, y no usó, de los medios que sin escrúpulos había empleado en la lucha que por su existencia había sostenido. Después

(1) Véanse las críticas emitidas por los contemporáneos en distintos años, entre ellas la de Dimsdale, *Ilustración de la Sociedad histórica*, II, 321, la de Diderot, *Siglo décimo octavo*, I, 358, la del pintor Vigé-Lebrun, *Rusia antigua y moderna*, 1876, III, 189, 301.

(2) Masson, *Memorias secretas sobre la Rusia*, I, 74-75.

de haber sido espiada y de haber aprendido á disimular, podía tratar franca y abiertamente con sus amigos: el aislamiento á que en anteriores tiempos se había visto reducida, había tenido que influir por necesidad perniciosamente en el ánimo de la gran duquesa; pero la emperatriz podía ya entregarse por completo á las manifestaciones de benevolencia y de confianza para con las personas que la rodeaban. No sin fundamento habían tenido Pedro é Isabel por mala á la gran duquesa; pero no sin razón pudieron también admirar todos la bondad de la emperatriz.

De Pedro I, de la emperatriz Ana y de Isabel, se han contado gran número de hechos que revelan sentimientos de tiranía y de crueldad, de dureza y de falta de consideración; durante el reinado de Catalina, por el contrario, quedaron abolidas todas las formas tiránicas en la corte rusa. La emperatriz, que solía expresar con frecuencia su disgusto de un modo enérgico,—como lo prueban las duras palabras que dijo acerca de los reyes de Prusia y Suecia, etc.—sabía dominar su carácter vivo, cuando sin apasionamiento hablaba con los que la rodeaban; su dignidad sabía moderarse y usar de formas suaves, las cuales se avenían perfectamente con sus nobles y humanitarios sentimientos, que se manifiestan en innumerables anécdotas. «Me gusta alabar y recompensar en alta voz y reprender en voz baja,» decía en cierta ocasión á Segur (3): hacia todo lo posible para no molestar ni ofender á nadie, y guardaba especial consideración á los débiles, á los dependientes, á los siervos. «Con esto conseguiré que no me teman,» decía refiriéndose á estos últimos (4). Al confiar una misión á alguno, solía pedirle le perdonara la molestia que le ocasionaba. Si se permitía alguna expresión dura, como cuando la molestaban mientras escribía, ó si se le escapaba alguna palabra inconveniente, estaba siempre dispuesta á reconocer francamente su dureza ó mal humor y á enmendar su falta (5). Cuéntase que cuando se levantaba de la cama, que solía hacerlo á las seis de la mañana, no acostumbraba á servirse de nadie, sino que ella misma preparaba la luz, encendía fuego en la chimenea, etc. (6). Refiérense muchos hechos que demuestran los grandes miramientos que guardaba á sus lacayos y camareras. Con benevolencia hablaba de algunos abusos que en la administración de la corte se cometían, en vez de corregirlos severamente. Se observó que en los accesos momentáneos de cólera, procuraba dominar su gesto y no daba orden ni tomaba disposición alguna hasta que había logrado calmarse por medio de un paseo y de un vaso de agua (7). Catalina se nos presenta verdaderamente grande cuando procura, en sus cartas diri-

(3) Segur, *Memorias*, III, 235.

(4) *Russkaja Starina*, V, 674.

(5) Chrapowitsky, edición de Barschukoff, pág. 70 y 279.

(6) *Archivo de Russky*, 1870, pág. 2,084 hasta 2,105.

(7) *Archivo de Russky*, 1870, pág. 2,080.

gidas á sus allegados, poner término á un desacuerdo, aconsejando que no se muestre una susceptibilidad exagerada, haciendo exhortaciones con inimitable tacto, suavizando las censuras pronunciadas, animando á los débiles y guiando á los indecisos. En los momentos de peligro, sabía por medio de una palabra hábil, de alabanzas profusamente prodigadas y de suaves reprensiones, poner á todos en movimiento, despertar en todos la confianza en sus propias aptitudes, y conseguir que se soportaran cargas, que no hubieran podido sobrellevarse sin aquellas buenas formas y prudente conducta de la emperatriz. Era generosa en extremo, verdaderamente benéfica para con los infelices y los oprimidos, y mas compasiva que muchos magnates, en los cuales solía notarse la carencia de sentimientos piadosos respecto de las desgracias de los demás. Su munificencia es, sin embargo, tanto

mas censurable en ocasiones, cuanto que sus favoritos eran los principales en aprovecharse de ella, sin haber prestado á la nación servicios proporcionados, aunque no se la puede culpar porque deseara ganar amigos con distinciones y recompensas.

Mostrábase sumamente amable con los niños y con las jóvenes, y tenía una satisfacción grande cuando podía contarles cuentos ó tomar parte en sus juegos, y era una verdadera madre para las señoritas de la corte (1). Sus cartas á una joven canonesa, llamada Lewschin, son un tesoro de sentimiento (2).

Catalina suscitaba muchas veces la cuestión de si había existido algún grande hombre que no hubiese sido alegre, «que no hubiese dispuesto de una abundante provision de buen humor:» este era natural en Federico II, lo cual se

Facsimile de tamaño natural de la firma de Catalina II. Tomado de una carta, no autógrafa, dirigida al consejero áulico Wolkoff y fechada en San Petersburgo en 22 de setiembre de 1793, cuyo original posee el Sr. Pablo Daschkoff, en San Petersburgo.....

explicaba por su superioridad (3). En cuanto á ella, no carecía de disposiciones para las bromas y epigramas: una de sus diversiones favoritas era, en los bailes de máscara, y sin que nadie la conociera, entablar diálogos con distintas personas, y refiere ella misma que una vez, vestida de hombre, hizo una declaración de amor á una señorita (4). La princesa Daschkaw describe el buen humor de la emperatriz, diciendo que, poco aficionada á la música, se unía con el príncipe Daschkaw, nada filarmónico también, y entre los dos componían una especie de música de gatos, improvisando un texto cómico, imitando los gestos de los concertistas y la mímica de las pantomimas, etc. (5). Un día fingió un gran dolor de cabeza, y dijo que no era de extrañar, pues acababa de examinar las cuentas de un funcionario de la corte que gastaba diariamente un *puđ* (cuarenta libras) de polvos (6). Sus bromas literarias eran inagotables: ya componía un epitafio cómico para un perro, ya celebraba en altisonantes versos, en Crimea y con gran placer de sus compañeros de viaje, al príncipe Potemkin, sin poder pasar de las primeras líneas de tan grandiosa composición (7), ora escribía un trabajo sobre las distintas

(1) *Archivo de Russky*, 1871, pág. 34.

(2) *Archivo de Russky*, 1870, pág. 529, 1,689.

(3) *Archivo de Russky*, 1878, pág. 291. *Observaciones al trabajo de Denina sobre Federico II.*

(4) *Archivo de Russky*, 1870, pág. 2,108. *Cartas y papeles de Catalina*, edición de Bytschkoff, San Petersburgo, 1873, pág. 103.

(5) *Memoirs of the princess Daschkaw*, I, 110-111.

(6) *Rusia antigua y moderna*, 1879, I, 68.

(7) Véanse las *Cartas y papeles*, publicadas por Bytschkoff. San Petersburgo, 1873, pág. 147.

maneras de reír (8), ora componía una inscripción satírica para la casa de campo del príncipe Narischkin (9). Sus *Sentencias chinas*, sus sátiras á la Academia, sus graciosas profecías acerca de dónde debían morir las distintas personas que la rodeaban (10) y otros hechos por el estilo, demuestran no solo un gran talento y dotes literarias, sino también un buen humor infantil, una inocente alegría, y una gran serenidad de espíritu.

El Diario del secretario particular de la emperatriz, Chrapowitsky, es lo que mas puede servirnos para conocer el buen humor de Catalina. Chrapowitsky vivió durante muchos años en contacto inmediato con la emperatriz; hablaba con ella diariamente, y con frecuencia varias veces al día acerca de los grandes sucesos políticos, de las cuestiones administrativas, de las personas y de los acontecimientos, de arte y de literatura; estaba enterado de sus estudios, trabajos y distracciones, de su estado, de su opinión del momento, y tomó nota de todo por espacio de muchos años. El pasado se convierte en presente con la lectura de sus notas, continuas, cortas, en parte solo bosquejadas, y sin pretensión literaria alguna, que tienen muchos mas atractivos que los documentos y demás restos del pasado, tales como cartas ó Memorias. La excitación pasajera, que se manifiesta en pocas palabras, la impaciencia y el mal humor, la inofensiva broma y el picante epigrama, los pensamientos profundos y las observa-

(8) *Rusia antigua y moderna*, 1876, III, 315.

(9) Harris, *Diaries* I, 226.

(10) Véase la edición de Bytschkoff, pág. 110 y 137, y la *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 320.

ciones del momento, las alteraciones de la serenidad, de la alegría y de la fuerza expansiva del espíritu motivadas por el malestar físico, la medida del trabajo y de los placeres, la actividad, la postración, la presencia del sol y de la lluvia, la tempestad y la calma con los efectos que traen consigo en la vida de las personas importantes, todo esto lo encontramos en el dietario del secretario particular de la emperatriz. Chrapowitsky puede ser comparado con un fonógrafo, ó con un termómetro, barómetro ó anemómetro de moderna construcción, etc., es decir, con un aparato que por medio de un mecanismo ingenioso escribe por sí mismo mecánicamente en un papel las afecciones meteorológicas. En su libro vemos las grandes acciones del soberano del Estado que se desarrollan entre bastidores: en él los hombres más célebres se ofrecen á nuestra consideración, no con el uniforme de gala, sino con el traje de casa: se abren á nuestra vista los laboratorios de los actos políticos: nuestras miradas penetran al través de la esfera del reloj político hasta el complicado mecanismo y pueden observar el engranaje de los dienteitos de las pequeñas ruedas: nos es dado examinar la admiración, la sorpresa, la conmoción, la alegría, el dolor, las esperanzas y la ansiedad que producen los sucesos y las impresiones del día. Allí vemos también á emperadores y ministros considerados como simples particulares, y como tales les conocemos en esa fuente histórica, en la cual no encontramos la gran ilustración ni las extensas perspectivas de la historia universal. Los hombres mirados de cerca y á la luz del día, tales como los presenta la claridad del cielo, ó la modesta lámpara casera, nos parecen muy distintos que mirados de lejos. ¿Resultan más pequeños?

Se dice que no hay ningún grande hombre para su ayuda de cámara; pero á esto puede contestarse que no es porque el héroe no sea héroe, sino porque la ayuda de cámara es ayuda de cámara.

Bien puede asegurarse que Catalina sale ganando en este dietario: al leer sus páginas, la personalidad de la emperatriz se hace mucho más interesante, pues se aprende, mucho mejor que por otro medio cualquiera, á apreciar su talento, su laboriosidad, su carácter y su afabilidad. Tratándose de una persona tan notable, entendida é importante bajo el punto de vista literario como Catalina, el dietario de Chrapowitsky nos recuerda los diálogos de Eckermann con Goethe; y bajo el punto de vista de la política del día, de los detalles de la historia de la corte y de los funcionarios que hicieron gran papel en ella, puede aquel libro ser comparado con el Diario de Varnhagen de Euse. Tomándole por punto de partida, puede formarse un catálogo de las cartas escritas por la emperatriz durante aquella época: el contenido de muchas de ellas, que Catalina solía leer á su secretario particular, fué anotado en extracto por Chrapowitsky, el cual además por regla general tomaba parte en los trabajos literarios de la emperatriz, de quien era una especie de fámulo.

En el dietario de Chrapowitsky no se encuentra un juicio crítico sobre Catalina, ni una alabanza, ni una censura; pero el entusiasmo con que refiere cuanto decía y hacía la emperatriz, prueba el respeto y la adhesión que le profesaba. Catalina necesitaba de él para los distintos asuntos y por esto podía él tratar de muchas cuestiones. Los favoritos de la emperatriz tenían que guardarle muchas consideraciones: Catalina parecía tener necesidad de su compañía: Chrapowitsky sabía de todo, conocía los intereses de la emperatriz, adivinaba sus pensamientos; no la contradecía nunca; no manifestaba opinión propia, pero sabía completar hábilmente las indicaciones de la emperatriz, sostener una conversación cuando á Catalina le atormentaba alguna pena, tranquilizar su ánimo y decir de cuando en cuando algunas palabras

lisonjeras. A veces, asistía á las representaciones teatrales que se daban en el círculo íntimo de la emperatriz y se sentaba á la mesa imperial. Catalina sabía apreciar el celo de Chrapowitsky y en su trato con él se mostraba sumamente afable y considerada: él nos refiere las agudezas que acerca de su corpulencia se ocurrían á la emperatriz, y el interés con que se enteraba del estado de su salud. En cierta ocasión en que estaba conversando tranquilamente, tomó un rollo de papeles y golpeando con mímica teatral á Chrapowitsky, le dijo riendo: «Os mataré con un pedazo de papel (1).»

Por muy insignificantes que sean todas estas cosas, nos permiten respirar la atmósfera que rodeaba á la emperatriz, y reconocer en ella un carácter bondadoso y una gran dosis de buen humor y de sentimientos. El trato de Catalina con su secretario particular es llano y amistoso: la emperatriz se nos presenta graciosa y aficionada á los asuntos gubernativos, á las lecturas, á los placeres artísticos y al trato con hombres de importancia. Las conversaciones sobre los temas más variados nos permiten conocer muy de cerca á Catalina. Nos parece estar oyendo su risa al saber la precipitada retirada de los turcos. En cierta ocasión oyó decir que un infeliz marido quería separarse de su esposa, y al momento compuso unos versos llenos de epigramas; un día se sentó en su bufete para firmar setenta documentos, y mientras ponía las firmas no cesó de hablar y dijo riendo que aquel trabajo había sido más fácil para la emperatriz Ana, pues este nombre es mucho más corto que el de «Catalina:» apoyada, cierto día, en la ventana, habló de las palomas posadas en el dintel por la parte exterior, y en otra ocasión, al ver pasar una bandada de cuervos y cornejas, dijo que aquellas aves gustaban de comerse los gusanos y las larvas que se arrastraban por la tierra y añadió: «Todos se comen los unos á los otros en este mundo.» Un día en que, al salir el sol, vio á sus perros cómodamente echados, llamó á Chrapowitsky, le mostró los animales y le dijo en son de broma que no sabía echarse tan artísticamente. En cierta ocasión en que la picó una abeja, exclamó que aquella abeja se había hecho reo de lesa majestad, etc. La conversación tomaba á veces un tinte libre, y la emperatriz, un tanto entrada en años, se permitía ciertas bromas de este género, burlándose de algunas anécdotas de la mitología, tales como las aventuras amorosas de Júpiter, de Marte, de Hércules, y refería sin empacho algunos hechos de la crónica escandalosa, y de las disolutas princezas de teatro, etc. Gustaba de hablar de sus antecesores en el trono de Rusia, de Pedro I, de Ana y de Isabel; hacía maliciosas observaciones acerca de Federico Guillermo II y de Gustavo III; emitía su opinión sobre algunos individuos de la familia imperial; censuraba la gestión de algunos elevados funcionarios, como Panin y Wjasemsky; alababa las dotes y el celo de Potemkin; se mostraba descontenta del sibirismo de Besborodko, etc. Hablando de la ineptitud de muchos funcionarios, dijo cierto día: «Una mañana los voy á despedir á todos.»

De cuando en cuando sentaba principios generales y tesis concluyentes: «¿Cómo es posible, decía en cierta ocasión, que gobernando en Rusia se permanezca inactivo ó se aborrezca el trabajo? En efecto, se trata de dar con un solo movimiento de mano impulso á las más importantes cuestiones.» En seguida caracterizaba perfectamente las épocas de la historia rusa, y explicaba las funestas consecuencias del yugo tártaro y de la invasión polaca durante el interregno.

El continuo cambio de opiniones de la emperatriz que en-

(1) Chrapowitsky, pág. 401, 1792. La emperatriz tenía entonces 63 años.

contramos referido en el dietario de Chrapowitsky nos permite conocer su temperamento impresionable, sanguíneo y esencialmente mujeril. Catalina lloraba á menudo; así por ejemplo, lloró cuando la partida del príncipe Pablo á Finlandia (1788) y cuando recibió la noticia de la muerte de Greigh. «Lágrimas y desesperación,» dicese en el dietario con motivo de la muerte de Potemkin. Continuamente se lamentaba la emperatriz de no encontrarse á la altura de los negocios públicos, de que su memoria no fuese bastante poderosa; sentíase débil, y no le faltaban motivos de graves disgustos, porque ya oía hablar de falsificaciones del papel moneda y de hambre, ya le llegaban quejas contra la venalidad y negligencia de los funcionarios. En un momento de mal humor, dijo que le habían dado tantos disgustos que se encontraba fatigada y deseaba dormir el sueño eterno. No conocía la indiferencia: montaba en cólera con facilidad suma, y con la misma se calmaba; en cierta ocasión llamó á Gustavo III «bestia,» pero en seguida pidió perdón por el insulto. En la época del peligro, cuando la guerra sueca, dijo que el que perdía el tiempo en intrigar era un «canalla,» pues perjudicaba al Estado. A menudo, sus emociones producían en ella cierto pasajero malestar, del cual nos entera con exactitud el dietario. Durante el período de impaciencia, cuando se esperaba la noticia de la toma de Otschakoff, Chrapowitsky la encontró echada en un sofá poseída de agitación y de fiebre, producidas por la excitación de la guerra turca, quejándose de dolor de estómago y diciendo que de ello tenía la culpa Otschakoff. Cuando algunos buques rusos corrieron peligro de caer en poder de los suecos, dijo que le había parecido tener una roca sobre su corazón.

De esta suerte, podemos iniciarnos en la vida privada de la emperatriz, en la cual Catalina se nos presenta, no como la Semíramis del Norte, no como la poderosa soberana cuya corte con tan brillantes colores ha sido descrita en las obras literarias, sino como una persona llena de atractivos, rica en talento y en sentimientos, como una amable matrona sostenida en su elevada posición por excelentes cualidades, por una energía y actividad extraordinarias y por una vida privada abundante en peripecias (1).

No son la casualidad ni el servilismo los que han conservado un gran número de anécdotas sobre la magnanimidad de Catalina. Muchos contemporáneos reconocieron que la emperatriz podía oír la verdad, que tomaba de buena gana las lecciones que se le daban y que en los casos dudosos procuraba no dejarse dominar por el capricho ó la impresión del momento. Pocos funcionarios se atrevían á contradecirla; pero si alguna vez uno lo hacía, sabía la emperatriz estimar en lo que valía aquella franqueza, sin que por esto se convenciera fácilmente de que no la asistía la razón (2). Rassumowsky, Dershawin, Mussin Puschkín, Teploff y otros refieren, hablando de su trato con la emperatriz, rasgos en los cuales Catalina, esforzándose por reconocer y solicitar perdón de sus faltas, se nos presenta sumamente simpática (3).

En cambio no faltan tampoco casos en que Catalina aparece un tanto despótica: á veces, se expresaba con menosprecio acerca del poco valor de la opinión pública, de la cual decía que debía prescindirse para seguir únicamente el

propio impulso (4). Dershawin se lamentaba de que los caprichos de la emperatriz, sus resoluciones y su parcialidad por determinadas personas, le habían desesperado muchas veces cuando era su secretario particular (5). Se ha censurado á la emperatriz que mientras protestaba contra la aplicación del tormento, permitió que el juez criminal Scheschkowsky procediera cruel y arbitrariamente (6). El príncipe Schcherbatoff en su obra «De la decadencia de las costumbres» (1790) menciona algunos casos en los cuales se adoptaron resoluciones arbitrarias é injustas, se violaron las leyes, y servía de criterio de justicia el humor del momento de la emperatriz. El mismo publicista culpa á Catalina de que teniendo conocimiento de muchos abusos, no los corrigiera, siendo por ello causa de que se aumentara de un modo considerable la corrupción de los empleados (7).

Con razón se califica de extraordinario el orgullo de la emperatriz. José II escribió, en cierta ocasión, á Kaunitz: «Es preciso no olvidar que se trata con una mujer que se cuida tan poco como yo del bienestar de Rusia: el orgullo es su dios; su loca suerte y el deseo de dominar á Europa la han perdido (8).» La emperatriz no ocultaba su vanidad en lo que á su exterior se refería; así relata en sus Memorias el «disgusto de muerte» que en su juventud le habían causado ciertas manchas que habían quedado en su rostro á consecuencia de una enfermedad, y manifiesta la importancia que daba al traje, etc. (9). Posteriormente la halagaba en extremo que se la comparase con Minerva (10). Las odas de Dershawin, especialmente la célebre poesía «A Felisa,» le gustaban de un modo extraordinario (11). Para ella era una verdadera necesidad el ser alabada; por eso procuraba constantemente presentar bajo su más favorable aspecto las cuestiones de Rusia, hasta el punto de que, en una época en que la hacienda rusa dejaba tanto que desear, hablaba de ella con Segur como de un modelo de orden y de regularidad (12). Tenía la vanidad de un advenedizo, de un *self-made man* (de un hijo de sus obras). La idea de un fracaso le era insostenible: para ella era natural que todo le saliera bien, por eso se nota un sentido tan optimista en sus cartas á Voltaire, Zimmermann, etc., y por eso también rendía culto á la fama y se mostraba tan aficionada á las adulaciones. Por conseguir una posición elevada, por adquirir fama había abandonado su nacionalidad y su religión, manifestándose indiferente y superficial en estos puntos.

Entonces había más cosmopolitismo que ahora. Cuéntase que Catalina suplicó á su médico que por medio de una sangría le quitara toda la sangre alemana, pero esta es una anécdota que se ha referido inconscientemente sin atender para nada á su origen. Se ha culpado á Catalina de que en sus Memorias no hablara de Rusia ni del pueblo ruso; pero, además de las muchas manifestaciones que sobre este punto contienen sus libros, basta indicar gran número de observaciones en las cuales manifiesta vivo interés por su segunda patria para demostrar lo infundado de tal censura.

En cuanto á los sentimientos religiosos de la emperatriz, decía Federico II: «No tiene ninguna religión, pero se hace la devota (13).» Por los datos que tenemos de la historia de

(4) Ssolowieff, XXVIII, 24.

(5) Grot, VIII, 625.

(6) *Russkaja Starina*, II, 637.

(7) *Russkaja Starina*, III, 681, 683. No hay que olvidar que la obra de Schcherbatoff tiene un carácter esencialmente polemista.

(8) Arneht, *José y Catalina*, pág. 35.

(9) *Memorias*, pág. 94, 140-141.

(10) Masson (alemán), III, 1, 60.

(11) Grot, VIII, 344-345, 544.

(12) *Memorias*, II, 346.

(13) *La corte de Rusia*, pág. 220.

(1) Véase mi trabajo, *Rasgos característicos de la emperatriz Catalina* en la Revista rusa, VII, 139-164, 193-214. En él se encuentran detalles acerca de las ediciones del dietario de Chrapowitsky.

(2) Véase el *Archivo ruso*, 1870, pág. 2,009. *Siglo décimo octavo*, II, 477. *Russkaja Starina*, V, 135, 658.

(3) Véase la excelente anécdota de la vida de Dershawin en la obra de Grot, VIII, 626. Otra acontecida con Pedro Panin en el *Archivo ruso*, 1870, pág. 2,100. Un bello episodio con Segur en las *Memorias*, de este, III, 483.